

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

101

---

Director de la colección  
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Ambrosio de Milán

ELÍAS Y EL AYUNO  
NABOT  
TOBÍAS

Introducción, traducción y notas de  
Agustín López Kindler



Ciudad Nueva

© Agustín López Kindler

© 2016, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-344-7  
Depósito Legal: M-3.433-2016

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

## INTRODUCCIÓN

En estas tres obras, Ambrosio se ocupa de personajes en sí dispares del Antiguo Testamento, a saber un profeta, un propietario de Jezrael<sup>1</sup>, y un israelita piadoso del norte de Palestina, respectivamente. Se trata además de figuras que vivieron en épocas diferentes de la historia del pueblo judío –entre los siglos IX-VIII a. C.–, es decir la última época de la monarquía y la deportación a Babilonia.

Todas ellas, sin embargo, tienen en común que sus historias han alcanzado un grado tal de ejemplaridad, que las convierte en un verdadero paradigma de comportamiento ejemplar. No tiene, por tanto, nada de extraño que el autor se haya fijado en ellas para abordar abiertamente la situación en la que vive una sociedad, ya cristiana, pero flagelada por los vicios de todos los tiempos. En las tres, que pueden considerarse una trilogía, expresa el obispo sus preocupaciones pastorales, al zaherir en tonos duros y hasta dramáticos dos de los pecados capitales que entonces, como en todas las épocas de la historia, causaban estragos, también entre los cristianos: la lujuria, en el amplio sentido de la palabra, (*Elías*) y la avaricia (*Nabot*), que se refleja, entre otros desmanes, en la usura (*Tobías*).

Ambrosio argumenta inicialmente con la igualdad de la naturaleza humana. Todos los hombres participan de la misma fragilidad –*Tob* 3, 9–, son *consortes naturae* –*Nab* 1, 2– y es necesario aceptar y tener en cuenta este principio a la

1. Nabot es, en efecto, un habitante de la ciudad de Jezrahel, en Samaria.

hora de respetar al prójimo y ayudarle en sus necesidades. El avaro y el usurero ignoran esta realidad y contravienen el mandamiento más elemental.

Por encima de ese nivel está la autoridad divina, tanto en la Ley como en el Evangelio, y de un modo especial la doctrina de san Pablo en quien, como de costumbre, encuentra Ambrosio una fuente inagotable de experiencias pastorales y exigencias ascéticas, que exigen la práctica de la largueza y la templanza.

El texto paulino que une estas obras es aquél en el que el Apóstol asegura que todo pecado procede de la avaricia. A esta afirmación, añade el santo obispo que ésta última es consecuencia de la falta de moderación, el desenfreno: *Y no penséis que me he expresado en contradicción con el Apóstol —que dice que la avaricia es la raíz de todos los vicios (1 Tm 6, 10)—, porque la falta de moderación es a su vez la madre de la avaricia. En efecto, cuando uno ha agotado sus propios bienes, a fuerza de vivir lujuriosamente, en lo sucesivo busca ahorrar con avidez<sup>2</sup>.*

Y el ahorro comienza con la usurpación de los bienes del prójimo, como muestra la historia de *Nabot*, o el afán desmesurado de lucro, que provoca la usura, vicio del que se libró la familia de *Tobías*. En la base de esos males —siempre según san Ambrosio— está la mala vida de aquellas personas que han despilfarrado su patrimonio en banquetes y bacanales sin medida, víctimas del ansia desmedida de gozar de los bienes de este mundo: la lujuria.

A partir de ese comportamiento, se derrama sobre sus vidas un río caudaloso de desgracias, ya que la avaricia esclaviza: *Sois esclavos, ¡oh, ricos!, y vuestra esclavitud es miserable, porque sois esclavos del error, sois esclavos de la concupiscencia, sois esclavos de una avaricia que no puede ser saciada. Es*

2. *Hel.*, 19, 69.

*una especie de torbellino insaciable, más voraz cuando engulle lo que se le arroja y, una vez desbordado, se enturbia de fango a la manera de un pozo y corroe la tierra, que no le va a ser de ninguna utilidad*<sup>3</sup>.

Sin embargo, no se puede decir que estos textos sean puramente recriminatorios y se propongan simplemente mostrar los horrores de esos vicios; a la vez, presentan el atractivo de las virtudes opuestas. Por eso, la recepción de estas obras del santo obispo milanés ha captado su intención edificante, hasta el punto de reflejar ya en el título el aspecto positivo de los escritos. Esto se señala sobre todo en el primero que ha pasado a la posteridad con el título *De Helia et ieiunio*, para indicar que el tema principal de la obra es, como veremos cuando hablemos de ella, ese tipo de penitencia tradicional en la vida de la Iglesia.

Algo análogo ocurre con los otros dos en los que, sin que se haya traducido en el título, se ensalza la virtud de la pobreza, el desprendimiento de los bienes de esta tierra, la magnanimidad hacia los menesterosos y sobre todo la generosidad y misericordia divinas, que se vuelcan sobre aquellos que saben ejercitarse en esas actitudes en el trato con sus semejantes: *Los frutos de las buenas obras vuelven a los mismos que las han realizado y la gracia de la generosidad revierte a su autor*<sup>4</sup>.

*Por tanto, es verdaderamente perfecto y digno de gloria aquel que en medio de las riquezas ha sido capaz de recibir aprobación. El que ha podido transgredir –dice la Escritura– y no ha transgredido, hacer el mal y no lo ha hecho*<sup>5</sup>. *Si quieres ser rico, sé pobre para el mundo, a fin de ser rico ante Dios. Quien es rico en la fe, es rico ante Dios; el rico en misericordia, es rico ante Dios; el rico en sencillez de vida,*

3. *Nab.*, 12, 52.

4. *Nab.*, 7, 37.

5. *Ibid.*, 13, 55.

*es rico ante Dios; el rico en sabiduría, el rico en ciencia, es rico ante Dios*<sup>6</sup>.

En esa misma obra, que se apoya sobre el salmo 76 y sobre todo en aquellos pasajes de los evangelios de Mateo y Lucas en los que Jesús proclama la excelencia de la pobreza, se encuentran también ecos de los dos primeros capítulos de la epístola de Santiago en la que el Apóstol zahiere a los ricos y les invita a compartir sus riquezas con los demás miembros de la comunidad. En sus páginas encontramos incluso afirmaciones que a primera vista parecen permitir la idea de que Ambrosio haya predicado que la propiedad es comunitaria, pero que en realidad pertenecen a la doctrina social de la Iglesia de siempre, que sigue afirmando hoy como entonces: ... *puedes vivir en la abundancia tú y otros, tienes una riqueza que es pública*<sup>7</sup>. *No das de lo tuyo al pobre, sino que le devuelves de lo suyo; porque tú solo usurpas lo que es común, lo que ha sido dado para uso de todos. De todos es la tierra, no de los ricos; pero son muchos menos los que utilizan lo suyo, que quienes no lo usan. Por tanto, devuelves aquello que debes, no das lo que no debes*<sup>8</sup>.

Por lo que respecta al más duro de los tres tratados, Tobías, es verdad que el obispo arremete sin piedad contra el vicio de la usura, pero también exhorta a la misericordia de sus oyentes y lectores con palabras conmovedoras: *Dad dinero en préstamo a aquellos de quienes no esperáis que os devuelvan lo que les habéis dado: aquí no hay ninguna pérdida, sino ganancia. Dais un mínimo, recibiréis mucho. Dais en esta tierra y se os devolverá en el cielo; perdéis lo que habéis prestado, recibiréis una gran recompensa; dejáis de ser usureiros, seréis hijos del Altísimo; seréis misericordiosos, vosotros que seréis recompensados como herederos del Padre eterno*<sup>9</sup>.

6. *Ibid.*, 14, 60.

7. *Ibid.*, 7, 37.

8. *Ibid.*, 12, 53.

9. *Tob.*, 16, 54.



Y, un poco más adelante: *No penséis... que yo fustigo vuestras ganancias. ¿Pensáis que yo os arrebató un hombre que os es deudor? Le sustituyo por Dios, le cambio por Cristo, os muestro a uno que no puede defraudaros. Por consiguiente, prestad al Señor vuestro dinero en la persona del pobre. Él es quien se vincula y es retenido, Él registra todo lo que el indigente ha recibido —el Evangelio es su fianza—, Él promete por todos los menesterosos, Él garantiza<sup>10</sup>. Dad el dinero que os sobra y recibiréis la gracia que da fruto; atenderéis a las necesidades de los pobres y disminuirá vuestra preocupación por custodiarlo. No se perderá lo que haya recibido el pobre y lo que habréis dado al necesitado será guardado sin necesidad de guardián. Y si buscáis un aumento de vuestras ganancias, en la Ley está la bendición, en el Evangelio la recompensa celeste<sup>11</sup>.*

Los tres tratados tienen también en común que proceden de la misma época<sup>12</sup> y que son sermones en los que se tiene en cuenta una y otra vez la presencia y las reacciones de los oyentes, de las que Ambrosio no tiene inconveniente en hacerse eco: *Habéis oído lo que hoy se ha leído<sup>13</sup>... Lo habéis escuchado hoy en la lectura continuada<sup>14</sup> ... Habéis escuchado lo que hoy se ha leído<sup>15</sup>.*

10. *Ibid.*, 16, 55.

11. *Ibid.*, 16, 56.

12. Según J.-P. Migne, que recoge la tradición establecida por la edición de las obras ambrosianas a cargo de los maurinos, no sería ése el caso porque las obras habrían sido compuestas en un largo espacio de tiempo y la sucesión habría sido: *Tobías* (~377), *Elías* (~390), *Nabot* (~395). La compleja discusión posterior sobre este tema, ha aportado nuevas conclusiones: la

más importante sería que el primero de estos textos habría que posponerlo al período entre 385-389 y por tanto los tres procederían de la misma época —entre 385-395—, que corresponde al decenio en el que el obispo milanés siguió las huellas de Basilio de Cesarea, como en el *Hexamerón* o el *Comentario al salmo 1*.

13. *Hel.*, 19, 70.

14. *Ibid.*, 20, 75.

15. *Ibid.*, 21, 77.

A favor de ese carácter habla también el comentario del predicador a la reacción que debió de suscitar entre sus oyentes la primera parte de su diatriba contra la usura: *Y no se me escapa que algunos, cuando hace dos días nuestra exposición ha herido sus sentimientos, han dicho: «¿Qué pretende el obispo al meterse con los usureros, como si se perpetrara algo nuevo, como si esto mismo no lo hubieran hecho nuestros antepasados, como si el prestar dinero a interés no fuera una cosa antigua?»*<sup>16</sup>.

Del tenor de estos textos se desprende que su intención es edificante y que sus argumentos, como veremos en los apartados dedicados a cada una de estas obras, buscan la fuerza convincente de la doctrina revelada, tanto en el Antiguo como sobre todo en el Nuevo Testamento.

## I. ELÍAS Y EL AYUNO

### 1. El tema

Con esta obra se enfrenta el obispo milanés a un vicio bien arraigado en la Antigüedad del que no quedaban exentos los cristianos. Basta leer las epístolas de san Pablo para encontrar en ellas frecuentes alusiones a temas como la embriaguez –Rm 13, 13; 1 Co 5, 11; 6, 10; 11, 21–, o las comilonas –Ga 5, 21–, así como apremiantes consejos a sus discípulos Timoteo y Tito, para que en su labor pastoral presten atención a ese punto. *Es preciso que el obispo sea irreprochable... no dado al vino... (1 Tm 3, 2-3), recomienda al primero; que las ancianas... no sean esclavas del vino (Tt 2, 3), amonesta al segundo.*

Ese tipo de peligro continuaba vigente en tiempos de Ambrosio, hasta el punto de que creyó conveniente dedi-

16. *Tob.*, 23, 88.

carle un escrito específico, tanto para zaherir sus funestas consecuencias, como para encarecer los frutos de la sobriedad, en su aspecto negativo de evitar la falta de templanza (*abstinentia*: 4, 7), y sobre todo en el fomento de esa virtud (*sobrietas*: 3, 4; 5, 10; *continentia*: 3, 4; *parsimonia*: 6, 18; 8, 22; *ieiunium*: 1, 1; 2, 2. 3; 3, 4).

Que para ello escogiera como modelo la figura del profeta Elías tiene seguramente que ver con dos directrices siempre presentes en su obra literaria. De una parte, su preferencia por temas y personajes del Antiguo Testamento<sup>17</sup>, y de otra la fuerte relación con el Mesías de este personaje, reconocido tipo de Jesucristo. La lectura de este texto muestra con evidencia que el modelo a imitar que presenta Ambrosio es Cristo, pero a un auditorio compuesto en parte por personas aún no bautizadas y en todo caso aún poco familiarizadas con el espíritu del Evangelio, le entra mejor por los sentidos el ejemplo de este héroe.

## 2. *La composición*

Desde el principio, el autor se ocupa en explicar por extenso la esencia del ayuno y sobre todo sus frutos, dejando claro el nivel de exigencia ascética que le impulsa a escribir sobre este tema, como volverá a recordar en la peroración final. Para él la vida del hombre es una batalla a la que debe aprestarse con gallardía, equipado con el arma del ayuno, como hizo Jesús al comienzo de su vida pública, cuando accedió a ser tentado por el demonio.

En los dos capítulos sucesivos se centra ya sobre el ejemplo de Elías quien, gracias al ayuno, fue no sólo capaz de realizar milagros espectaculares, sino que mereció ser exen-

17. La única excepción es el comentario al Evangelio de san Lucas.

to de la muerte y ser arrebatado en cuerpo y alma al cielo para gozar allí de la presencia de Dios (2). Los frutos del ayuno se aprecian en la vida Elías y en la de Juan Bautista, el precursor, cuya conducta el Señor mismo comparó a la de los ángeles, que no necesitan alimento material (3).

El capítulo cuarto describe el estado de origen de la creación, hasta el pecado de los primeros padres. Es sugestivo el modo cómo Ambrosio describe esos sucesos desde la perspectiva del tema que le ocupa. La creación –demuestra– evolucionó y se perfeccionó en estado de ayuno. Sólo al sexto día, con la creación del hombre y los animales, surgió la función de alimentarse. La primera orden divina a la primera pareja se centró en el ayuno y su contravención provocó una catástrofe de consecuencias funestas. La conclusión es elocuente: si Adán y Eva hubieran mantenido el ayuno que el Creador les había impuesto, no existiría el pecado.

Asentadas esas premisas, el obispo entra de lleno en el combate al vicio de la embriaguez (5). Al hacerlo se esparcen muchas e interesantes ráfagas de luz sobre la historia de este tipo de penitencia. Comienza por los ejemplos de numerosos personajes del Antiguo Testamento, respecto al uso del vino. Noé lo descubre y, por ignorancia de sus efectos, es objeto de risa por parte de uno de sus hijos. Lot, a su vez, es víctima penosa de ese vicio y sus consecuencias. Por el contrario, Abraham y Moisés lo desconocen. Finalmente, Juan el Bautista ayuna y por eso es digno de anunciar al Mesías.

Esa lista de ejemplos tomados del Antiguo Testamento se alarga (6) con Moisés, la madre de Sansón –cuyo nombre calla la Sagrada Escritura–, Ana –la madre de Samuel– y el profeta Eliseo. La enumeración acaba (7) con la alusión a Sidraj, Misaj y Abed-Nego, los tres jóvenes judíos expuestos por Nabucodonosor, rey de Babilonia, a las llamas del horno en castigo a su negativa a postrarse ante su estatua para adorarla, y al profeta Daniel, arrojado a la fosa de

los leones. Para Ambrosio, todos ellos salieron incólumes del peligro, gracias al ayuno.

A partir del capítulo octavo comienza la exaltación de la moderación en la comida y la bebida, como actitud del cuerpo que configura el ánimo y hace posible el ejercicio de las virtudes: *El ayuno –enseña Ambrosio– es maestro de la continencia, norma de la modestia, humildad de la mente, mortificación de la carne, modelo de sobriedad, regla de la virtud, purificación del alma, don de la misericordia, educación en la clemencia, encanto de la caridad, ornato de la vejez, defensa de la juventud; el ayuno es alivio de la enfermedad, fortalecimiento de la salud*<sup>18</sup>.

Los frutos de la templanza –concluye– pueden apreciarse en la parábola evangélica del rico Epulón y el pobre Lázaro.

El capítulo noveno continúa la descripción de esos frutos a la luz de ejemplos tomados del Antiguo Testamento, pero esta vez de mujeres. En efecto, Judit y Ester son dos paradigmas famosos: gracias a su sobriedad, ambas liberaron al pueblo de los peligros que le acechaban. Sin reducirse al texto sagrado, Ambrosio observa cómo, incluso en lo humano, acarrea ventajas esa virtud. Gracias a ella, resultan más agradables los banquetes, ya que aumenta el gusto por los manjares que no se toman todos los días, como el sol deleita más después de la noche o el sueño resulta más grato cuando se ha estado en vela.

Pero, mucho más importante que al ayuno corporal es la sobriedad del alma, que debe renunciar a la injusticia (10). Ése es el sacrificio que agrada a Dios, el que no se queda en un signo externo. Cuando se practica, entonces el cuerpo tiene que aparecer también sereno, limpio: de ese modo, la actitud interior resplandece y lo que aparece por fuera actúa por dentro.

18. *Hel.*, 8, 22.

Constituyen el núcleo del capítulo once una serie de reflexiones que exhortan al ayuno, tomando pie de nuevo en numerosos ejemplos del Antiguo testamento: Esaú y Jacob, Elías y Eliseo, Juan y Daniel.

Tras una corta introducción, que le sirve para empalmar con los ejemplos del Antiguo Testamento que ha aducido hasta ahora, Ambrosio intercala en su discurso –en los capítulos doce y trece– una larga descripción del espectáculo grotesco que ofrecen quienes abusan de la bebida. A esta altura del discurso, incluso el lector no profesional de la teología se siente atraído por el realismo impactante de las escenas descritas y contempla con asombro qué antiguas son las lacras provocadas por este vicio.

En primer lugar, en los hombres vulgares y sin formación, con un inciso dedicado al famoso caso del filósofo Polemón, de quien se cuenta que cambió radicalmente de vida al oír las palabras del maestro Jenócrates.

Pero no menos triste y lamentable a los ojos de los cristianos es el espectáculo de los banquetes en los que participan militares aguerridos. Por culpa de la bebida, quienes por la mañana aparecían amenazadores y radiantes en sus armaduras, por la noche se convierten en objeto de burla hasta para sus esclavos.

De este amplio inciso, Ambrosio saca una consecuencia con la que interpela (14), no ya a los oyentes del sermón, sino a los lectores de este claro añadido al texto inicial. Apela a su responsabilidad, cuando invitan a comer a alguien: ofrecer vino en exceso en esas ocasiones, es peor que suministrar un veneno porque: *el veneno perjudica a la carne, pero no daña la mente: la embriaguez une, a la muerte del cuerpo, también un crimen contra la mente*<sup>19</sup>.

19. *Hel.*, 14, 52.

Vuelve al hilo de sus consideraciones, basadas en el texto revelado y, al testimonio de Moisés, une ahora –en el capítulo 15– el de Isaías, quien se lamenta: *¡Ay de aquellos que están borrachos al declinar el día!* Igualmente desgraciados son aquellos que ya comienzan de mañana a beber, así como quienes introducen mujeres impúdicas en sus banquetes. Se asemejan a Babilonia, pero como ella también serán destruidos.

A continuación (16-17) viene una larga enumeración de las consecuencias perjudiciales que acarrea la embriaguez para el cuerpo y para el espíritu. Por eso, pueden aplicarse a esas personas las palabras de Isaías lamentándose del abandono a que se ve sometida la viña del hombre ebrio. Este vicio arrastra a los hombres hasta el perjurio y provoca su ruina. Aquí introduce el ejemplo de sobriedad de los elefantes que, aunque a veces beban enormes cantidades de agua, no retienen nada superfluo.

En el capítulo dieciocho se indigna el autor ante la falta de sobriedad de las mujeres que, olvidando su verdadero papel en la creación, se dan al vicio de la bebida. Con todos esos ejemplos trata de demostrar qué buena es la sobriedad, y qué perniciosa la falta de templanza.

El capítulo siguiente describe, según el texto de Isaías que se ha leído en la liturgia del día, la incapacidad para arrepentirse de quienes se dedican al vicio de la bebida. Para mostrarlo se sirve de una alegoría que formaba parte de la tradición literaria en la Antigüedad clásica. Compara a esas personas con las naves que, dirigidas por insaciables mercaderes, no dejan de surcar los mares en pos de sus ambiciones, exponiéndose a los peligros de ese elemento, que fue creado por Dios para adorno de la creación, no para que los hombres le hoyaran, abusando de él.

Con el capítulo veinte comienza la conclusión del sermón, como era habitual en la peroración final de un discurso, de acuerdo con los cánones de la retórica. Esta última parte es-